

## Cuestión de fe

Hace un par de años alguien que acababa de conocer me dijo que me ocurría lo mismo que a San Manuel Bueno mártir. Había perdido la fe.

Tuvo que contarme que el santo en cuestión era el protagonista de una novela de Unamuno. Así que en cuanto pude la leí con curiosidad. No recuerdo apenas nada del libro pero sí que no llegué a identificarme con aquel cura piadoso y atormentado.

Sin embargo, las palabras de aquel desconocido me acompañan desde entonces.

Me hacen pensar en otra conversación ocurrida ocho años antes. En aquella ocasión mi interlocutora era una joven estudiante de filosofía.

Ella conocía tan solo de forma tangencial el mundo al que yo pertenecía pero su lucidez era demoledora. Todo lo que le contaba sobre mi gente encajaba perfectamente con la conducta propia de un creyente.

En algún momento de nuestra juventud una revelación nos había arrancado del estado de confusión en el que nos hallábamos. En poco tiempo rompíamos todos los lazos con nuestra vida anterior. Nos convertíamos.

Una serie de dogmas nos ahorraban el esfuerzo de tener que discernir entre lo verdadero y lo falso. Entre lo correcto y lo repudiable. Tabúes bien arraigados delimitaban el umbral entre lo reprochable y lo admisible.

Nos sentíamos arropados por el círculo cálido de una comunidad de iguales. Gestos muy determinados y una trabajada autorepresentación permitían reconocernos entre nosotros. Numerosos rituales reforzaban los vínculos del grupo a través del goce o de sublimes catarsis colectivas.

Afuera todo era hostil. Los otros, enemigos a combatir o rebaño a convertir. Habíamos sido elegidos y teníamos una misión. También una buena nueva que anunciar y un amplio repertorio de profecías con las que intimidar a los incrédulos. Toda la realidad encajaba en nuestro esquema mental. Era evidente que teníamos la razón y, por lo tanto, la legitimidad.

Una sugerente aproximación.

Aunque yo no lo veía igual. Hasta ese momento siempre había concebido nuestra relación con la política como una enfermedad crónica.

En mi caso el contagio tuvo lugar en la segunda mitad de los noventa y por una serie de causas desconocidas sufrí una infección aguda que llegó a alterar por completo el funcionamiento de mi organismo. Por aquel entonces mi vida no era otra cosa que militancia política. Sin domicilio fijo durante ocho años para poder estar más cerca de todos los lugares en los que me sentía como en casa. Poniendo en contacto personas y colectivos, llevando noticias frescas y acarreando kilos de papel en la mochila. Organizando eventos y proyectos de forma ininterrumpida. Asistiendo rigurosamente a todas las citas de nuestra agenda social.

Sin darme cuenta había forjado un personaje que acabó por suplantarme. La gente no se relacionaba conmigo sino con mi *alter ego*. En él vertían sus prejuicios y sus expectativas. Yo permanecía detrás, escondido. Era poca la gente que pudo llegar a verme sin esa coraza, y mucha menos la que se daba cuenta y podía discernir entre uno y el otro.

Sabía que mi enfermedad política nunca se curaría pero eso no era lo preocupante.

A lo largo de estos años he conocido a bastantes poli-militantes compulsivos y en casi todos los casos creo identificar los síntomas de la misma patología que me atenazaba: entregarse por entero al activismo como estrategia para seguir aplazando las cuestiones pendientes con uno mismo. Ellos tenían otros fantasmas pero habíamos escogido un mecanismo similar para mantenerlos a raya.

Tuve la suerte de poder escapar a mi personaje. O al menos eso me gusta pensar. Es cierto que pervive en la mente de mucha gente pero el tiempo ha conseguido desfigurarlo y minar su poder. Para ello fue necesario aplicar una terapia de shock. Personas relativamente ajenas a mi mundo me ayudaron en el proceso de desintoxicación pero si no hubo grandes recaídas fue sobretodo porque el placer de reinventarme superaba con creces la nostalgia por la pérdida de mi antiguo estatus.

\* \* \*

Jubilar a mi personaje no significó, sin embargo, alejarme del mundo al que pertenecía. Todo lo contrario. Tras años a la deriva por los mares de la agitación rural me integré a uno de los proyectos con los que mantenía relación. Dejaba de ser aquel al que bastantes habían tomado como una referencia no sé exactamente de qué para retirarme y confundirme entre los figurantes de la escena.

Desde entonces me llegan las noticias con meses de retraso, no conozco ninguno de los proyectos que han surgido en otras zonas y la gente que ha llegado a lo largo de los últimos ocho años no tienen ni idea de quién fue aquel que se suponía que era yo. No asisto a los encuentros de coordinación entre proyectos afines y, salvo en el entorno más local, no dinamizo ninguno de los eventos de nuestro mundo.

Algunos me echan en cara haber abandonado la lucha. Y en parte tienen razón.

En nuestras experiencias no es fácil distinguir la esfera política de la doméstica. En su día nos creímos al pie de la letra aquello de que lo personal es político. Durante toda aquella época no dudaba de que los nuestros eran proyectos netamente políticos. Sabía perfectamente que no todo el mundo lo vivía así pero tenía claro que lo nuestro era acción directa anticapitalista desde lo cotidiano. Ahora, sin embargo, no siento que mi día a día sea un acto de sabotaje al

sistema industrial.

Y no porque haya cambiado mis hábitos. Simplemente ha cambiado mi mirada. Y esta no me permite pensar mi cotidianidad como un gesto de desafío permanente.

Tampoco me lo permite el conocimiento de los problemas y los límites que acompañan a estos intentos por construir islas de alteridad. Heterotopías que decía un conocido.

¿He dejado de verle sentido a lo que hacemos?

En absoluto. Pero en buena medida sí he dejado de creer en su potencial emancipatorio. En su capacidad para generar cambios sociales.

Aunque es cierto que nunca nos preocupó intentar resolver los problemas de nuestro tiempo. Siempre tuvimos la lucidez de no perder el tiempo tratando de imaginar cómo se organizaría la sociedad post-revolucionaria. Tan solo veíamos claro lo que no nos gustaba de este mundo y tratábamos de construirnos un entorno inmediato menos hostil en el que pudiéramos vivir de la forma más agradable posible.

Lo cual incluía desprenderse de los tics nerviosos de la sobreesocialización y superar progresivamente las incoherencias entre nuestros “principios” y la realidad que construíamos.

Nunca llegamos a lograrlo por entero pero a medida que nuestras actividades nos iban acercando a la situación anhelada, nuestro caprichoso pero nada exigente narcisismo nos devolvía la imagen que esperábamos ver.

Al menos a mí me sucedía. Estaba convencido de que los okupas rurales podíamos juzgar y menospreciar al resto de activistas sociales que se jactaban de plantearle un pulso al orden establecido pero que desatendían los aspectos más básicos de su dependencia respecto al entramado industrial-capitalista.

Nuestra autogestión no se limitaba a vender latas de cerveza en los centros sociales. En cierta manera éramos superiores a los urbanitas revolucionarios que tan bien conocíamos.

Me temo que esta es una constante entre las distintas familias políticas de nuestros entornos. Todos pensamos que nuestra lucha es la verdaderamente determinante. Que los aspectos que nos preocupan y que, supuestamente, más hemos trabajado, son los que atraviesan el orden social y permiten entenderlo y, por lo tanto, desarticularlo.

Desde los antifascistas a las feministas radicales. Desde los grupos de afinidad anarquistas a los nacionalistas de extrema izquierda.

\* \* \*

Con el paso de los años la sensación que experimento con mayor intensidad es la relajación.

El mundo sigue pareciéndome tan absurdo y despreciable como siempre pero ya no vivo enfadado. Las miserias de los alternativos no me crispan sino que me entristecen. Sobretudo porque siento gran estima por mucha de la gente que he conocido en estos ambientes.

En los debates o reuniones ya no me sulfuro ante la incompetencia intelectual del prójimo ni ante la ineficacia del grupo. Permanezco en silencio o intervengo de una forma tan serena que no dejo de sorprenderme.

Estoy mucho más tranquilo y creo que no soy el único al que le ocurre esto.

Muchos dirán que es porque ya no me parto la cara a diario con los antidisturbios. Porque ya no asisto a ocho o nueve asambleas semanales ni estoy al corriente del sinfín de injusticias que colman las páginas de los medios de contra-información.

Cierto. El escenario condiciona por entero la trama que en éste se representa.

Y me alegro de haber cambiado de ubicación.

De hecho, me preocupa profundamente encontrarme con alguien de “aquellos maravillosos años” y verle exactamente en el mismo lugar en el que le dejé. Y no me refiero a un lugar físico sino mental.

Pero con el paso del tiempo hay un aspecto que cada vez me cuesta más tolerar: los mensajes injustificadamente optimistas sobre nuestras prácticas.

Me resulta muy difícil hacer el esfuerzo por comprender a aquellos que presentan la situación actual como la antesala de un estallido revolucionario y los logros imaginarios de nuestros proyectos como evidencias de un cambio profundo e inminente en la sociedad.

Expresar este sentimiento ya me ha permitido ganarme unas cuantas reprimendas entre antiguos compañeros. Y aunque entiendo su malestar por el tono poco asertivo de mis comentarios, echo de menos su comprensión hacia mis inquietudes.

Me acusan, de alguna forma, de haber renegado de todo aquello que antes llenaba mi existencia. De ser excesivamente duro con nuestras prácticas y de no querer ver los logros innegables de nuestras experiencias.

Les escucho con respeto pero sigo sin entender por qué se molestan cuando uno tan solo viene a decir que no hay nada más peligroso que creer en las falsas esperanzas. Sobretudo cuando las hemos creado nosotros mismos.

Este es el motivo por el cual hace dos años aquel desconocido me comparó con San Manuel Bueno mártir.

Si me hubiera conocido un poco más sabría que sigo creyendo en lo que hacemos. Pero no porque sea el camino correcto y necesario sino porque así estamos, o deberíamos estar, mejor. No porque vayamos a cambiar el mundo sino porque todavía nos dejan vivir más o menos como hemos elegido.

Es importante no perder la perspectiva y recordar que en nuestro contexto histórico y geográfico la “guerra social” no

ha dejado de ser un juego de rol. Un simulacro. Y si algún día cobrara una dimensión más real, no seríamos nosotros quien ganaría la partida.

En tal caso, esto solo podría significar que en algún momento, sin darnos cuenta, habríamos dejado de ser lo que somos ahora pues el mundo que nos rodea no puede engendrar un movimiento masivo y mayoritario entorno a los valores que defendemos.

Lo más probable es que en el corto plazo que impone nuestra existencia individual no llegemos a ver ningún cambio significativo en el panorama social. Así es que deberíamos aceptar sin dramatismos que nunca engrosaremos las filas del bando ganador. Lo cual no significa que debamos resignarnos pues a lo que sí podemos aspirar es a perder manteniendo la dignidad.

Un objetivo que no se puede conquistar sin un esfuerzo constante de reflexión, un cuidado meticuloso por las formas en que hacemos las cosas y cierta valentía en la toma de decisiones.

Una ambiciosa meta para la que no siempre parecemos estar a la altura.